Miércoles, 28 de septiembre 2016

La llegada de la Era Post-liberal

http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2016/09/the-coming-of-postliberal-era.html

Uno de los grandes desafíos a los que se enfrenta cualquier estudiante de la actualidad es el de ver más allá de la agitación del momento presente para entender las tendencias profundas que determinan los acontecimientos en una escala más amplia. Es un poco como estar en una playa, sin un calendario de mareas, y tratar de adivinar si la marea sube o baja. Llegan olas, rompen en la playa y vuelven hacia el mar; el viento sopla hacia en todas direcciones; se necesita tiempo y mucha atención a los detalles sutiles para poder estar seguro de si la marea sube o baja.

Sin embargo en el último año, más o menos, parece cada vez más claro que una de las grandes mareas de la política de Estados Unidos ha cambiado de dirección y ahora fluye hacia el mar. Desde hace unos doscientos años, el discurso político de los EE.UU. ha tomado forma con fuerza –quizá con más fuerza que por cualquier otra causa– por el difuso conjunto de ideas, intereses y valores que podemos llamar liberalismo americano. Esa es la marea que está cambiando. Las tendencias más importantes que configuran el panorama político de nuestro tiempo, en mi opinión, vienen dictadas por el declive del movimiento liberal, en su decadencia final, y por los primeros movimientos de la política post-liberal que ya está surgiendo tras aquel.

Para dar sentido a lo que ha sido el liberalismo americano, lo que se ha hecho, y lo que sucederá a continuación, la historia es un recurso esencial. Si le preguntas a un estadounidense de ideología liberal que lo defina, responderá con un conjunto de tópicos enlatados; si le pides lo mismo a una persona contraria a esa misma ideología, obtendrás otro conjunto diferente de tópicos igualmente estereotipados; en ambos casos lo que respondan estará ahormado por las exigencias de la política del momento más que por cualquier lógica más amplia. Sin embargo, el seguimiento de una ideología de su nacimiento hasta su adolescencia, madurez y final declive en la senectud, genera una visión mucho más ajustada sobre su verdadero significado.

Volvamos, pues, a las fuentes del movimiento liberal estadounidense. Los historiadores hablan de raíces más antiguas y profundas en ese movimiento, pero su primer surgimiento visible puede rastrearse en un puñado de ciudades la costa noreste de EE.UU. en los años que siguieron a la Guerra anglo-estadounidense de 1812. Boston (que tuvo en el comienzo del XIX un papel similar al San Francisco de la década de 1960) fue el epicentro del recién nacido movimiento, un caldero burbujeante de nuevas ideas sociales al que acudieron los aspirantes a intelectuales desde toda la nueva República. Cualquiera de mis lectores que piensen que el idealismo ingenuo y efervescente de la década de 1960 fue algo nuevo debería leer La novela de Blithedale ("The Blithedale Romance", 1852) de Nathaniel Hawthorne; que se desarrolla en el ambiente de la contracultura de Massachusetts a principios del siglo XIX, y en el que la mayor parte de la acción transcurre en una comuna. Ese es el contexto en el que nació el liberalismo americano.

Desde su nacimiento fue un movimiento de la elite cultivada. A pesar de sus conmovedores principios de elevar los oprimidos, a los oprimidos se les permitió tomar muy poca parte activa en ello. También estaba tan estrechamente ligada al cristianismo protestante como el movimiento de la década de 1960 lo estuvo con las religiones de Asia; los ministros de las iglesias Congregacionalistas y Unitarias jugaron un papel central en el movimiento durante sus primeros años, y las principales organizaciones del movimiento (las Sociedades Antiesclavistas, la Liga de la Templanza –en contra del consumo de alcohol– y la Liga de los No-resistentes –el primer grupo pacifista estadounidense influyente–) estaban estrechamente relacionadas con las iglesias, y contaban con el apoyo personal y material del clero. Ambos, el elitismo y la orientación cristiana protestante, como veremos, tuvieron una poderosa influencia en cómo en se desarrolló el liberalismo norteamericano durante los dos siglos siguientes.

El movimiento se aglutinó alrededor de tres grandes problemas sociales. El primero fue la abolición de la esclavitud; el segundo fue la prohibición del alcohol; el tercero fue la mejora de la condición jurídica de

la mujer. (El movimiento hubo de transitar por un camino largo y tortuoso hasta que este último objetivo tomase su forma definitiva, la igualdad jurídica y social entre los sexos). Había muchas otras cuestiones que fueron objeto de atención por parte del movimiento: la reforma de la alimentación, la reforma del vestido, el pacifismo y similares, pero todos ellos comparten un tema común: la redefinición de la política como expresión de los valores.

Detengámonos un momento para explicar esa última frase. La política de la época (y en la mayoría los períodos de la historia humana) se entendía como una simple cuestión de intereses –en los términos más contundentes, quién obtenía los beneficios y quién pagaba los costes–. Entonces y durante unos cien años más, por ejemplo, algo que solía ocurrir tras cada elección presidencial era que el partido ganador se dedicaba a repartir masivamente empleos federales a sus partidarios. Se lo llamó "*clientelismo*", y se aplicaba el dicho "*el botín pertenece al ganador*". La gente hacía campaña por tal o cual candidato presidencial sin otro motivo que la esperanza de conseguir un cómodo empleo federal. Nadie veía nada malo en ese sistema, porque la política era un asunto de intereses.

Abundando en esto, no hay evidencia de que nadie en la Convención Constituyente luchase denodadamente acerca de la dimensión ética de la notable disposición que definía a un esclavo como 3/5 de persona. Dudo de que el lado ético de la cuestión pasase ni de refilón por sus pensamientos, porque la política no trataba de la ética ni de cualquier otra expresión de valores, sino de los intereses y la cuestión era simplemente encontrar un compromiso que permitiera a cada estado considerar que sus intereses estarían adecuadamente representados en el Congreso. Los valores, en el pensamiento de la época, pertenecían a la iglesia ya la conciencia privada del individuo; la política trataba de los puros y simples intereses.

(Probablemente necesitemos parar aquí por un momento para hacer frente a la respuesta estándar:. "¡*Sí, pero deberían haber tenido un mejor conocimiento*!" Este es un ejemplo clásico de cronocentrismo. Así como el etnocentrismo enaltece las creencias, valores e intereses de una determinada etnia, el cronocentrismo hace lo mismo con las creencias, los valores y los intereses de un determinado momento. El cronocentrismo es enormemente común hoy en día, en todos los ámbitos políticos y culturales;. por ejemplo, asoma cuando los científicos insisten en que la gente en la Edad Media debería haber sabido que no se puede creer en la astrología, o cuando los cristianos insisten en que los antiguos paganos deberían haber sabido que no debían creer en las religiones politeístas. En todos los casos, no es más que otro intento más de intentar eludir la difícil tarea de comprender el pasado)

El recién nacido liberalismo estadounidense, sin embargo, rechazó la división entre la política y los valores. Su oposición a la esclavitud, por ejemplo, no tenía nada que ver con los intereses económicos divergentes de los estados del norte a favor de la industrialización y la economía de las plantaciones del Sur, y tenía todo que ver con una convicción, devotamente mantenida, de que la esclavitud era moralmente incorrecta. Su oposición al alcohol, a las leyes que negaban derechos civiles a la mujer, a la guerra, y al resto de cosas de la "lista de la compra" del movimiento tenía que ver con los valores morales, no con los intereses. Ahí es donde se ve el impacto de la herencia protestante del movimiento: aplicó los valores de la iglesia y trató de extenderlos al mundo en su conjunto. En ese momento, era algo tan exótico que las cruzadas morales que acabamos de mencionar lograron una gran fuerza política (aproximadamente la misma que las psicodélicas fantasías de colores de la década de 1960 consiguieron en su día).

Ambos movimientos se libraron del fracaso absoluto por el impacto de la guerra. El movimiento de la década de 1960 consiguió casi toda su influencia en la cultura popular gracias a su oposición a la guerra de Vietnam, por lo que se disolvió, sin casi dejar rastro, cuando terminó la guerra y así murió el proyecto. El movimiento anterior tuvo que esperar un tiempo para la guerra, y mientras tanto casi se destruye a sí mismo entrando la misma especie de fantasías apocalípticas del movimiento New Age que acabaron con su muerte no hace tanto. A finales de la década de 1830, frustrados por el fracaso en lograr una sociedad perfecta tan pronto como deseaban, un gran número de seguidores del nuevo movimiento liberal abrazaron la profecía de William Miller, un granjero y predicador de Nueva Inglaterra que creyó, estudiando la Biblia, haber descubierto la fecha correcta de la segunda venida de Cristo. Cuando pasó el 22 de octubre de 1844 sin incidentes (como ocurrió el 21 de diciembre de 2012 con el fin del mundo maya) llegó la "gran decepción" que fue un duro golpe para el movimiento.

Sin embargo, para entonces, una de las cruzadas morales de los liberales estadounidenses había atraído un enorme apoyo por puro interés económico. La división entre los estados del norte y del sur sobre la cuestión de la esclavitud no se veía en la época como una cuestión básicamente ética; era una cuestión de competencia de intereses, como cualquier otra cuestión política, aunque, por supuesto, los políticos del norte y los medios de comunicación se apresuraron a sacar provecho de la retórica moral de los abolicionistas. Lo que estaba en juego era el modelo del futuro económico de la nación. ¿Sería una sociedad agraria, dedicada a la producción de materias primas para la exportación y plenamente integrado en una economía global que orbitaba en tormo a Gran Bretaña? Ese era el modelo del Sur. ¿Seguiría su propio camino, levantando las barreras comerciales a la economía global y desarrollaría su propia economía industrial y agrícola para el consumo interno? Ese era el modelo del Norte.

Tales preguntas tenían consecuencias prácticas inmediatas, porque las políticas gubernamentales que favorecían un modelo garantizaban la ruina del otro. La esclavitud fue la pieza clave del modelo del Sur, porque las grandes plantaciones necesitaban una vasta oferta de trabajo con apenas coste para obtener un beneficio, y por eso llegó a ser el asunto central, blanco de los políticos del norte y propagandistas por igual. Pero si lees las descripciones detalladas de las batallas en el Congreso entre los políticos del Norte y los del Sur, te darás cuenta de que lo que estaba en discusión tuvo muchísimo que ver con la política comercial y con los gastos federales. Había que fomentar el libre comercio, que beneficiaba al Sur, o impulsar barreras comerciales, que favorecían al Norte? Las batallas en la cámara legislativa se libraron por el presupuesto federal para construir canales y caminos que se beneficiaron los intereses del Norte para llevar las materias primas a las fábricas y los productos manufacturados a los mercados, pero que eran irrelevantes para los intereses del sur, que simplemente necesitan barcazas (ya tenían los ríos) para enviar el algodón y el tabaco al puerto más cercano.

Incluso las enconadas luchas sobre si los estados recién admitidos habrían de tener economías basadas en esclavos (o no) tenían un contexto económico abrumador en la política de la época. El Norte quería ver que los territorios del Oeste se convirtiesen en un mosaico de granjas dedicadas a la agricultura familiar, para producir productos agrícolas destinados a las florecientes ciudades de la Costa Este y de los Grandes Lagos y que les comprasen los bienes manufacturados en las fábricas del Norte; el Sur quería ver esos mismos territorios llenos de plantaciones que aumentarían los productos destinados a la exportación a Inglaterra y al mundo.

Sin embargo, la dimensión ética se convirtió en el objetivo de la propaganda del Norte, como ya se ha señalado, y ayudó a difundir la convicción de que los valores liberales, al igual que los intereses, tenían su lugar en el debate político. Hacia1860, la idea se había vuelto tan generalizada que incluso cambió la forma de pensar al sur de la línea Mason-Dixon. Por ejemplo, el primer verso de la versión original de la canción conferedada “The Bonny Blue Flag” decía "la lucha por la propiedad que ganamos con trabajo honesto", y nadie en ningún lugar se hacía ilusiones sobre la identidad o el color de la piel de la propiedad en cuestión. En poco tiempo, sin embargo, fue reescrita como "luchar por nuestra libertad, con el tesoro, la sangre y el trabajo." En el momento en cambió la canción, el Sur ya había perdido. Es muy posible defender la esclavitud por razones de índole económica, pero cuando el foco del debate alumbra valores como la libertad, la esclavitud se vuelve insostenible.

Llegó la guerra civil, con sus estragos; la Confederación tuvo un auge y una caída, la política económica del Norte parió un modelo económico que duró casi un siglo y el movimiento liberal se hallaba de nuevo en su salsa. Con la abolición de la esclavitud, se persiguieron los otros dos objetivos primarios y siguió la lucha para prohibir el alcohol y obtener el derecho de voto para las mujeres, con éxito casi simultáneo. La Décima Octava Enmienda, que prohíbe la fabricación y la venta de alcohol en los EE.UU., y la Décima Novena, que concede a las mujeres el derecho al voto, se aprobaron en 1919 y 1920 respectivamente. A pesar de que la prohibición resultó un fracaso total, la misma retórica fue empleada con las drogas (la mayoría de ellas eran legales en los EE.UU. hasta la década de 1930) y continúa dando forma a la política actual. Después llegó la Gran Depresión y el liberalismo americano se afianzó con la elección de Franklin Roosevelt en 1932 y, sobre todo, con su victoria aplastante en la reelección en 1936, cuando el GOP ganó sólo en dos estados. El movimiento liberal se convirtió en la fuerza dominante en la vida política estadounidense.

Después llegó un triunfo tras otro. La legalización de los sindicatos, el establecimiento de una red de seguridad social financiada con los impuestos, la eliminación de la segregación forzosa en el Sur constituyen (junto a una multitud de otras reformas) los logros de los liberales. Lo notable es que todos estos logros tuvieron lugar mientras el movimiento liberal estaba luchando contra oponentes en ambos lados de la política. En la derecha, por supuesto, los anticuados conservadores aún se mantenían firmes luchando por los intereses que les importaban, pero desde comienzos de la década de 1930, los liberales también se enfrentaron a constantes desafíos desde la izquierda. El liberalismo americano, como ya se ha mencionado, fue un movimiento de la elite educada y se centró en ayudar a los oprimidos en lugar de integrarlos; y esta visión encontró cada vez mayores dificultades cuando resultó que los oprimidos tenían sus propias ideas que no necesariamente coincidían con lo que los liberales querían hacer por ellos.

A partir de 1970 el liberalismo americano también hubo de enfrentarse a una tercera fuente de desafíos, a una nueva forma de conservadurismo que tomó prestado el lenguaje centrado en los valores del liberalismo pero para utilizarlo con un conjunto diferente de valores y conseguir apoyos para su causa: los valores del cristianismo conservador protestante. En cierto modo, el auge del llamado "nuevo conservadurismo", con su fijación por los "valores familiares" representó irónicamente el triunfo final de la larga batalla por poner los valores en el centro del discurso político. Ya en la década de 1980, cada facción política de la vida pública estadounidense, no importa lo burdo y venial de comportamiento o sus objetivos, se revistió a sí misma con un muestrario de valores abstractos. Eso sigue pasando hoy en día; nadie habla de intereses, aun cuando los intereses son el problema obvio.

De este modo se genera la respuesta estándar de la crítica liberal, que es insistir en que la única razón posible para que alguien se pueda oponer a una política liberal es que tienen valores de odio.

Fijémonos, por ejemplo, en la actual política migratoria de Estados Unidos. Esta limita el número de inmigrantes legales, mientras que tácitamente se permite la inmigración ilegal ilimitada. Hay sólidas y prácticas razones para poner en duda la conveniencia de tal política. Los EE.UU. de hoy tienen el mayor número de personas sin empleo fijo de su historia, los ingresos y el nivel de vida del 80% de la población más pobre se han estado moviendo sistemáticamente a la baja desde la década de 1970, y las políticas federales de impuestos de hecho subvencionan la deslocalización de los puestos de trabajo. Siendo ese el caso, al permitir la entrada de millones de inmigrantes ilegales sin derechos legales (en la práctica) y dispuestos a aceptar que los exploten con salarios y condiciones laborales muy inferiores al resto de trabajadores, sólo puede hacer que caigan todavía más los sueldos, fomentando el empobrecimiento y la miseria de los estadounidenses que viven de un salario por hora trabajada.

Estos son temas trascendentes, se trata (entre otras cosas) de graves preocupaciones humanitarias por el bienestar de los estadounidenses de clase baja, y no tienen nada que ver con cuestiones raciales –serían igual de válidos si los inmigrantes vinieran del Canadá–. Sin embargo, no se puede hablar en absoluto de esto con un liberal moderno de Estados Unidos. Si lo intentas, te aseguras una respuesta de gritos airados y acusaciones de racismo ¿Por qué? Me gustaría sugerir que es porque las clases acomodadas (de donde sale la dirección del movimiento liberal y marca las pautas del movimiento en su conjunto), se benefician directamente de la caída de los salarios que en parte ha sido causada por la inmigración masiva ilegal, ya que la disminución de los salarios ha resultado en precios más bajos para los bienes y servicios que compran y en mayores beneficios para las empresas para las que muchos de ellos trabajan, y cuyas acciones muchos de ellos poseen.

Es decir, un movimiento que comenzó su historia insistiendo en que los valores tenían un lugar en la política junto con los intereses ha terminado por usar cháchara sobre los valores para silenciar la discusión sobre cómo sus miembros están trabajando para conseguir sus propios intereses. Esa no es una estrategia duradera, ya que no hace falta mucho tiempo para el otro lado pueda identificar(y luego explotar) la brecha entre la retórica y la realidad.

Ironías de este tipo no son nada infrecuentes en la historia política. Es sorprendentemente común que un movimiento, que comienza intentando socavar y revertir el status quo en nombre de una abstracción idealista (o de otro tipo) deja de lado sus ideales cuando se convierte en el status quo. En todo caso, el liberalismo estadounidense mantuvo sus ideales durante mucho más tiempo que la mayor parte de los

movimientos sociales, y consiguió mucho más que muchos otros. Creo que la mayoría de nosotros, incluso aquellos que, como yo, son conservadores burkianos moderados, tenemos que agradecer al movimiento liberal del pasado por terminar con injusticias evidentes como la esclavitud y la negación de los derechos civiles de las mujeres y por defender la idea de que los valores, al igual que los intereses, deben tener voz en la esfera pública. Se merece el equivalente moderno a un momento de silencio y un quitarse el sombrero cuando ahora finalmente se hunde en la decadencia, que es el destino final de todos los movimientos políticos exitosos.

La elección presidencial de Estados Unidos muestra, quizá mejor que cualquier otra cosa, lo lejos que ha llegado la decadencia. La campaña de Hillary Clinton empieza a tambalearse ante el desafío de Trump, porque muy pocos estadounidenses creen todavía que los dogmas liberales en la retórica de la campaña significan algo en absoluto. Incluso entre sus partidarios es difícil de encontrar entusiasmo, y sus actos de campaña han tenido una asistencia vergonzosamente escasa. El cada vez más frenético clamor de que solamente los racistas, fascistas y similares (igualmente deplorables) apoyan a Trump no convencen a nadie salvo a los verdaderos creyentes, y revelan cada vez más evidentemente el ocultamiento de los crudos intereses tras el escaparate de los valores. Clinton aún puede ganar la elección por un medio u otro, pero las principales corrientes en la vida política estadounidense han cambiado claramente de curso.

Se puede ser más preciso. Bernie Sanders y Donald Trump, en marcado contraste con Clinton, han provocado reacciones extraordinariamente apasionadas en los votantes, precisamente porque han ofrecido una alternativa a un status quo impregnado de la retórica de un liberalismo moribundo. De la misma manera, en Gran Bretaña, donde el movimiento liberal siguió una trayectoria un tanto diferente, pero ha terminado en el mismo lugar, el éxito de la campaña del Brexit y el entusiasmo salvaje con el que los votantes laboristas han apoyado el espectáculo (del supuestamente imposible de elegir) de Jeremy Corbyn indican que allí se está produciendo el mismo proceso. El liberalismo, después de haberse convertido en la ideología cautiva de una elite acomodada, ha perdido la lealtad de los oprimidos que una vez, por diversos motivos, estuvieron dispuestos a apoyar. Esa es una pérdida a la que es poco probable que sobreviva.

En otras palabras, podemos esperar durante las próximas décadas en los Estados Unidos, Inglaterra, y posiblemente en algún otro país, la aparición de una política post-liberal. Es bastante fácil imaginar cómo será el panorama político en el corto plazo. Al ver la respuesta de los profesionales de la política del Partido Republicano ante Hillary Clinton se puede ver la génesis de un partido de ricos para exigir la extensión del libre comercio, la intervención estadounidense en Oriente Medio y el resto del menguante consenso bipartidista de que es compatible con sus intereses. Si escuchas los rugidos de entusiasmo por Bernie Sanders y Donald Trump, o mejor aún, si hablas con el número no despreciable de partidarios de Sanders que piensan votar a Trump este próximo noviembre puedes detectar la aparición de un partido populista que busca la ruptura de ese consenso en defensa de sus propios y muy diferentes intereses.

¿Cómo se llamarán esos partidos? No hay es seguro, todavía, y han de resolverse innumerables detalles. Pero de una u otra forma, será una cabalgata salvaje.